

**Ortiz, Yolanda, *Tierra de malvas*, Vélez-Málaga: Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2019, 65pp.**

Yolanda Ortiz (Jaén, 1981) describe en su más reciente poemario, *Tierra de malvas*, el memorándum sentimental de una ruptura amorosa a la vez que se desviste frente a un espejo donde poder observar la herida profunda y arraigada que se origina por la pérdida del ser amado.

Lo que primeramente llama nuestra atención es que el sujeto lírico manifiesta su dolencia en el ambiente, deslizándose y empapando su entorno con sus sentimientos desgarrados mientras realiza un recorrido íntimo y lleno de desolación en el que trata de recomponerse del ejercicio lógico del dolor: “un pato nada en nuestra piscina / *un macho cuchara* me dices / parpa el cloro lo salvaje en nuestro jardín / su decadencia / las ruinas / de nuestra casa / quedan así/ bendecidas” (p. 15); “la mala hierba quiebra / la piedra de los peldaños / lo que planté / está seco / dejaremos que venza / que nade el pato / que ocupe con la grama nuestra casa / poco importamos nosotros / hemos empezado ya a desaparecer” (p. 15).

Podría decirse que la degradación exterior que Ortiz presenta en sus composiciones mantiene una simbiosis perfecta con el estado anímico de la voz poética. El dolor de la pérdida del amor es una angustia que se refleja por completo en el paisaje, que incluso acostumbra a ponerse en primera fila de las dolencias del yo, adquiriendo, por consiguiente, una fuerte carga semántica a lo largo de la obra: “brotan flores de lo que fuimos / las traemos aquí / con nuestra voz calcinada / ellas prenden / nuestros restos” (p. 24). Del mismo modo, observamos cómo una iconografía tradicionalmente relacionada con la alegría y el júbilo, se invierte en pos del sufrimiento que asola al sujeto lírico: “ha llegado la primavera / y parece que / tampoco ellos / han decidido / traer vida a este jardín” (p. 17).

Todo está yerto y putrefacto, y la poesía de Ortiz pretende que el luto interno de la voz poética se derrame por todas las cosas. Queda su subjetividad, pues, adherida por todo el espacio físico que describe con horror: “los hombres salen a cazar / perros salvajes / tercián sus cuerpos muertos sobre / las ramas se sientan / en la niebla y beben / hasta que sus ojos se llenan de sangre / se clavan / en mi piel como sexo erguido/ les doy la espalda sigo el camino del río noto / como crecen / las llagas del miedo” (p. 32). Este trasfondo visual y acromático se identifica con la identidad herida del yo. El sujeto deja de funcionar como la lente de una cámara que poco a poco nos muestra un escenario desnaturalizado para abrirnos las puertas a ese vendaval que arrasa con todo su interior.

Asimismo, la voz poemática nos muestra los vestigios de una tierra muerta que se transforma en una postal inmóvil donde se troquea una mancha de oscuridad, además de un sentimiento bruto y animal que se nutre de los ecos del miedo. Esta

vastedad grotesca determina la esencia de otras muchas composiciones del poemario: “Le diste mi nombre y la erosión/ comenzó su ruido. / Oírlo fue más obscuro / que ver tu lengua en su coño. / Pero me quedé / sentada en la puerta de nuestra casa, / escuchando la lluvia / de nuestro desmoronamiento” (p. 46); “Se quiebra el techo / cientos de ratas pasean / sus uñas diminutas sobre mi cuerpo bocabajo tu cuerpo/ bocarriba y nos rompen / la piel y nos mordisquean” (p. 63).

Por ende, en *Tierra de malvas* se muestra, de manera significativa, la exuberancia hiperbólica e incluso repulsiva del horror. Es así como la voz poética consigue exhibir los restos de su corazón fracturado, así como colisionar con el lector, creando en él, el mismo impacto e impresión que ella misma sufrió al ser testigo de la infidelidad que dio pie al desmoronamiento de su relación. Puesto que su desencantamiento amoroso es grotesco, el sujeto ha de pudrir y contaminar lo que solía ser un paraje y situación sentimental ideal: “en la nevera se pudre / nuestro plato favorito / no puedo comer nada / que celebre nuestro amor” (p. 42).

En suma, podemos afirmar que *Tierra de malvas* expone un corolario sobre la pérdida que genera una ruptura tanto interior como exterior, así como un ejercicio sentimental en el que el lector adquiere la capacidad de palpar y experimentar ese idéntico sentimiento de desamparo que aniquila al yo poético. El sujeto deconstruye el trauma, la herida que quebró su tierra nutricia y dejó de alimentarlo. Para ello, emplea poemas breves que dejan una estela de silencios contaminados y que representan un núcleo visual putrefacto. Es evidente que el nexo entre estos dos amantes que Ortiz nos presenta queda aniquilado y destrozado. Sin embargo, su esencia, toda esa fuerza y magnetismo de lo que fue una bonita historia de amor, transita como un fantasma entre los restos exánimes que se exponen en estos versos. Dejemos que el lector sea el encargado de recoger los pedazos restantes que se encuentran dentro de este poemario, porque tiene aún más de lo que aquí se ha esbozado. Así pues, basten estas palabras para recomendar un poemario sobresaliente dentro de la poesía española contemporánea que no puede faltar en nuestras estanterías.

**PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS**